

La difícil convergencia de un orden político mixto Argentina 1983–2023

JUAN RUSSO

Doctor en Ciencia Política Universidad de Florencia, Italia). Investigador Nacional nivel 3, (Conahcyt, México). Director de RELASP, Revista Euro Latinoamericana de Análisis Social y Político, UNR.

ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]
Voces plurales para pensar la
democracia argentina (1983–2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral
Universidad Nacional del Litoral, Argentina
ISSNe: 2250-6950
estudiossociales@unl.edu.ar
DOI: 10.14409/es.2023.64.e0060

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución- NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



A Luciana, que nació con la
democracia argentina.

INTRODUCCIÓN

Escribir sobre los cuarenta años de la democracia en Argentina moviliza intensamente en lo intelectual y en lo emocional. Se trata de décadas que iniciaron con un glorioso sueño de libertades, igualdad y participación; con seguridad el mayor sueño político de una generación. Con el transcurrir de décadas de gobiernos democráticos la historia se alejó, a veces de modo incomprensible, de ideales que habían comprometido enormes esfuerzos colectivos. Pero la historia no es lineal y no pueden analizarse estos cuarenta años de política solo como una flecha que se aleja en línea recta de los objetivos iniciales. Por el contrario, la historia zigzaguea como el agua que corre por los territorios que encuentra disponibles: hubo objetivos que perdieron peso y otros que se frustraron; también nacieron nuevos horizontes, no siempre promisorios para la democracia.

1\ Una parte de este trabajo (el apartado 1) fue examinada en una sesión del motivante «Grupo jueves». Agradezco las instructivas observaciones y comentarios de Marcelo Cavarozzi, Horacio Crespo, Liliana De Riz, Mario Navarro, Hugo Quiroga y Guillermo Rozenwurcel.

La democracia argentina se asienta sobre un sistema político desequilibrado que beneficia al partido bloque peronista (sobre el que me detendré más adelante) y perjudica opciones no peronistas. Como gobierno, el peronismo se caracteriza por infatigables búsquedas de continuidad en el poder y hegemonía; como oposición, constituye un poderoso actor con capacidad organizativa e importantes recursos provenientes de sus sedes de poder político, canalizados en estrategias para producir ingobernabilidad, una rutina que encuentra su origen en las ya lejanas épocas de exilio de su fundador. Contar con la mayoría de los gobiernos provinciales, la presencia mayoritaria en el Senado, la representación de actores sociales (sindicatos y organizaciones de la sociedad civil) sumados a una cultura de partido estatalista (cultura pragmática y de poder), aseguran al peronismo la posición de actor dominante en el sistema político argentino. Esta situación tiene un significado peligroso para la democracia por su inclinación hacia la hegemonía, y debe diferenciarse de la situación de un sistema de partido predominante.³ Así, un sistema desequilibrado como el que menciono, con un partido dominante y con vocación hegemónica implica riesgos de hibridación del régimen político y, por ende, de deterioro democrático.

En términos generales, el proceso político argentino posterior al año 83 puede dividirse en dos ciclos: el primero comprende el período 1983–2001 (–2003), la etapa de instauración, consolidación y crisis de la democracia representativa y liberal de masas, que incluye una severa crisis de representación política entre 2001 y 2003; y el segundo comprende el período 2003–2023, etapa de desconsolidación de

3\ Ver Giovanni Sartori (1980 y 1982).

la democracia liberal de masas y amenazas de construcción de un orden político híbrido, la «democracia iliberal.

Esta caracterización del proceso político argentino presta atención de modo exclusivo a dimensiones políticas de la democracia. En tal sentido, en el período 2003–2023 hay avances significativos en política social y cultural, pero estos avances sociales se vanifican como derechos cuando van acompañados por el deterioro de las condiciones sobre las que se sustentan tales derechos, esto es, en el deterioro de los equilibrios políticos. Es decir, cuando nuevos derechos sociales y culturales ocurren junto al deterioro o limitación de los derechos civiles o políticos, se convierten más en legitimación y fortalecimiento del gobierno que en más ciudadanía y mejor democracia.⁴ Hoy, los ciudadanos del segundo ciclo se encuentran ante un dilema políticamente regresivo respecto del primer ciclo democrático. A diferencia de 1983 y 1999, cuando pudieron optar entre propuestas de centro izquierda liberal versus propuestas liberales conservadoras, hoy deben optar entre posiciones social–iliberales contra posiciones liberal centristas.⁵

En las páginas que siguen no haré un análisis basado en la cronología de estos cuarenta años. Tampoco intento una evaluación sistemática de cada gobierno, aunque hay juicios orientados en ese sentido. Me propongo en cambio destacar

4\ Un texto de referencia importante sigue siendo *Dalla carità allo stato sociale* de Jens Alber (1987), y su análisis de diversas posiciones, entre ellas de Claus Offe (pp. 94–96). También resultan instructivos la *Sociologie del'etat*, de Bertrand Badie y Pierre Birnbaum (1983), en particular la parte tercera sobre sistemas estadocéntricos vs sistemas sociocéntricos, pp. 169 y ss; y Giovanna Zincone (1992) quien siguiendo las huellas de Stein Rokkan, plantea la importancia política de la secuencialidad participación/distribución vs distribución/participación política.

5\ Me refiero a la pugna electoral entre el bloque peronista, liderado por el kirchnerismo, y el bloque Juntos por el Cambio, liderado por el PRO.

algunos rasgos, a veces novedosos y otras reemergentes, que han caracterizado a la democracia argentina. Así, mi interés está centrado en analizar cuánto durante estas cuatro décadas se ha reforzado o debilitado la «difícil triada virtuosa», inaugurada en los '80, de voluntad popular de masas, libertades y derechos, y representación política. Al respecto, me ha interesado destacar la presencia–ausencia, erosión–fortaleza, así como las consecuencias del peso relativo de cada uno de estos tres componentes en la evolución política. Se trata de una riesgosa coexistencia que impacta sobre la calidad de la democracia cuando no sobre el tipo de régimen político que se construye. Como se ve en estos cuarenta años, la democracia resulta de un precario equilibrio de esas dimensiones. Así, un énfasis en la voluntad popular en detrimento de la representación y de los derechos termina en la construcción de un orden híbrido con desplazamiento hacia el autoritarismo. Un sobrepeso de la representación política con escasa responsividad puede avanzar hacia la desafección ciudadana y el vaciamiento de la democracia. Por último, un orden centrado en la ley, pero con déficit en el reconocimiento de la voluntad popular, deriva hacia un orden político no representativo.

Una hipótesis general que guía este trabajo consiste en que el devenir histórico político de Argentina entre 1930 y 1983 se ha caracterizado por el desequilibrio, cuando no por la ausencia, de alguna de estas tres dimensiones, dando lugar a una sucesión de regímenes políticos híbridos y autoritarismos, y a recurrentes (aunque diferentes) crisis. La política argentina luego del año 30 ha estado marcada por una severa crisis de representación política, como lo muestra la inestabilidad y caídas de todos los gobiernos, sin excepción. Por otra parte, hubo crisis de la dimensión liberal, en gobiernos populares iliberales, y hubo crisis de la dimensión popular, en gobiernos surgidos con vetos de participación a

actores políticamente relevantes. Desde 1983 hasta 2001, el equilibrio de la triada virtuosa pareció recomponerse, pero desde 2003 entonces hasta nuestros días la dimensión liberal se ha debilitado y la discusión sobre cuánto debe pesar se ha constituido en el principal foco de la contienda política.

Es esperable que en un trabajo sobre un período intenso de Argentina convivan el análisis sobre ciertos hechos y actores, así como un reexamen de los conceptos usados por quien escribe como respuestas que parecieron adecuadas para explicar el vertiginoso devenir de la política argentina. En tal sentido, regreso a algunos temas que abordé desde fines de los '80, relacionados con el crucial «proceso de destitución autoritaria», los déficits en la alternancia política y la vulnerabilidad asimétrica entre los actores; la dinámica organizativa del peronismo como partido bloque de tipo estatalista. También, a modo de balance, menciono rasgos actuales de la amenaza iliberal posterior a 2003, y presento un cuadro general de los regímenes políticos (democracias imaginarias y reales) que alentaron los distintos gobiernos.

DE LA CONVERGENCIA A LA DIVERGENCIA DE UN ORDEN POLÍTICO MIXTO

Se cumplen cuarenta años de la instauración de una democracia de masas, representativa y liberal. El orden político mixto que inició entonces implicó la convergencia de tres componentes con diferentes orígenes y desarrollos: la democracia como voluntad popular, las instituciones de representación política y los derechos liberales. En Occidente, la democracia tiene su origen en la antigüedad ateniense y constituyó mecanismos de autogobierno, donde el concepto de representación no tuvo espacio. Por su parte, la representación política nació y se afianzó, primero como deber y

después como derecho, en la Baja Edad Media, entre los años 1300 y 1500. Por último, el liberalismo surgido en el siglo XVII, como un vigoroso proyecto de defensa de los derechos civiles a través del Estado (los liberales consideraron al Estado como estructura fundamental para asegurar una sociedad libre), fue protagonista de las revoluciones de fines de los siglos XVII en Inglaterra y XVIII en Francia y Estados Unidos. En esas revoluciones, y en sus resultados institucionales, confluyeron los proyectos de democracia como voluntad popular y la edificación de una sociedad libre. El mecanismo articulador que entonces se puso en marcha fue la representación política que evolucionó hacia la representación democrática. Esto es, la representación dejaba de ser, como en la Edad Media, una mediación con el pueblo frente al soberano (el rey), y se transformaba en representación del propio soberano (el pueblo). Esta difícil (e improbable) convergencia tardó, como advierte Max Weber, milenios en realizarse⁶ El siglo XX mostró, en Argentina después de la tercera década (y en Europa después de la segunda), que un orden basado en esa convergencia no solo era infrecuente, sino de gran fragilidad.

La democracia representativa y liberal de masas implicó, desde el comienzo, un trípode cargado de tensiones. Las exigencias de cada uno de los términos (voluntad popular, derechos liberales y representación) funcionaron con relativa armonía cuando los resultados de las políticas producían crecimiento y satisfacción relativa para el conjunto de los actores políticamente relevantes. Por el contrario, las crisis económicas activaron, como en 1929 (y más cerca en

6\ Ver Max Weber (1982), en donde Weber presenta a las libertades como una confluencia de factores excepcionales, que han incubado durante milenios, y de corta duración. En particular ver pp. 396-402.

2008), las tensiones del difícil trípode, favoreciendo el debilitamiento de alguno de los componentes y, como ocurrió en 1930 en Argentina, el derrumbe del orden político mixto. El ascenso del peronismo al poder implicó la reducción del trípode a un régimen de dos dimensiones: la voluntad de la mayoría y fuerte representación (vía la legitimación de un líder carismático), con lo quedaron opacados los derechos liberales (fundamentalmente derechos civiles); es decir, se construyó un orden político híbrido, una «democracia iliberal». Durante los años 60 y 70, no se reestableció el triángulo virtuoso. Después de la caída de Perón, se sucedieron regímenes autoritarios y regímenes liberales no democráticos, o un orden iliberal con escasas garantías civiles en los años 70.

El ciclo iniciado en 1983 en Argentina implicó el logro de reestablecer, después de cinco décadas, la convergencia entre voluntad popular, libertades y representación. El gobierno de Raúl Alfonsín hizo dos aportes inéditos: liderar el proceso de destitución autoritaria, materializado con el juicio a las Juntas militares, y contribuir a la democratización liberal del peronismo. El discurso (y las acciones que le acompañaron) fue tan potente que, al menos por dos décadas, la democracia liberal de masas se convirtió en el sentido común de la política argentina. Los peronistas, después de la derrota de 1983 y del fracaso del ortodoxo Herminio Iglesias en 1985 ante el renovador Antonio Cafiero, tuvieron claro que el triunfo electoral implicaba una adhesión sin condiciones a la democracia liberal de masas.

Aun con dificultades en el rendimiento de las políticas públicas y con la presencia de actores políticos relevantes de poca vocación liberal, gracias al aporte de líderes políticos y presidencias que, desde distintas posiciones ideológicas, bregaron por la cohesión de la comunidad política y por el reconocimiento del adversario, la convergencia tripartita funcionó durante casi dos décadas, hasta el inicio del nuevo

siglo. Este proceso de convergencia entró en crisis en 2001, con el quiebre de la representación política, expresado en la dramática renuncia del presidente De la Rúa y en la fragmentación extrema de las elecciones presidenciales de 2003. Ese año fue el inicio de una etapa política caracterizada por una nueva erosión del trípode virtuoso.

Desde los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, con gestos que lograron el apoyo popular, se actuó deslegitimando la dimensión liberal del orden mixto. El intento de cooptación de actores de oposición en un proyecto personalista, el descrédito sistemático de los opositores renuentes a los cantos de sirena, la incansable búsqueda de reformas judiciales, los intentos de hegemonía sobre los principales medios de información y, ante el fracaso, su deslegitimación sistemática, fueron acciones que tuvieron como objetivo desequilibrar las condiciones de la competición política y lograr hegemonía. La nueva matriz de democracia iliberal implicó dos novedades. Por una parte, se intentó monopolizar desde el gobierno el total de los principales *issues de valencia*,⁷ que constituyen los valores de la identidad política nacional, tales como «representación de la nación», «soberanía nacional», «derechos humanos», «democracia». Por otra, se actuó sistemáticamente polarizando, a partir de la relativización de la verdad fáctica. Los hechos (y por supuesto la historia) se pusieron en función de la conveniencia política. El pragmatismo («verdad» es lo útil) derivó en un violento universo nominalista; un mundo *trumpeano* donde las palabras del jefe político no reflejan los hechos, sino que se

7\ Utilizo la división de Donald Stokes (1966) entre *issues de posición*, es decir, «demandas de acción de gobierno sobre un conjunto de alternativas sobre las cuales se define una distribución de preferencias de los electores», e *issues de valencia*, es decir, «la asociación de los partidos con alguna condición evaluada positiva o negativamente por el electorado en su conjunto» (Stokes, 1966:372).

imponen sobre ellos. La mentira se convirtió, no solo en una reacción de un líder para salvar una situación provisoria, sino en mentira organizada.⁸ Se creó un orden político para la mentira, desactivando parte del Estado para lograr impunidad y contestando como relativo cualquier hecho o dictamen de los tribunales de Justicia. El resultado ha sido una creciente polarización-radicalización política con el quiebre del sentido común nacional.

Desde hace dos décadas se regresó a una pugna abierta sobre el orden político a construir: democracia liberal contra democracia iliberal. La libre discusión en una comunidad política, propiciada por Alfonsín en épocas fundacionales del régimen mixto, fue reemplazada por acciones de descrédito contra los «enemigos» de la oposición. Después de cuatro décadas de inaugurada la democracia de masas, representativa y liberal, hoy solo se mantiene el consenso en el respeto al veredicto de las urnas (la democracia como voluntad popular); pero hay disenso respecto de las instituciones y sobre las políticas de equilibrios de poder (la dimensión liberal). Hoy, la contienda política central es sobre reestablecer la convergencia entre libertades, voluntad popular y representaciones responsables y sensibles, o avanzar hacia la divergencia, hacia el oscuro callejón de las democracias iliberales.

8\ De modo similar Franca D'Agostini (2019) habla de la «organización de la mentira», propias de los regímenes totalitarios.

LAS BASES DE LA CONVERGENCIA DEMOCRÁTICA: DESTITUCIÓN AUTORITARIA Y DEMOCRATIZACIÓN PERONISTA

En diciembre de 1983 se instaló un nuevo tipo de democracia, es decir, no se trató de una restauración de la democracia iniciada en 1973 e interrumpida por el golpe militar de 1976. Aquella democracia se había caracterizado por la violencia de facciones políticas que no pudieron ser controladas y por la represión paraestatal, que terminaron en un proceso de ingobernabilidad tal que resultó inefectiva toda decisión del gobierno. En parte la base de tal fracaso político radicaba también en la propia comunidad política. La democracia no era el proyecto más atractivo para una parte importante de la población argentina durante los años 70. Las propuestas políticas aludían a la liberación nacional o a edificar el socialismo. Proponer la democracia como meta final resultaba para muchos una propuesta de poca monta que no resolvía los problemas de desigualdad o de superación de la dependencia. Por ello no coincidió con algunos estudiosos (Di Tella 1998: 377) que señalan a 1983 como una redemocratización. Se trató en verdad de un proceso de democratización original, proceso que no había vuelto a ocurrir desde el golpe de estado de 1930. Así, el periodo iniciado con el golpe de estado de 1943 derivó en la constitución del régimen peronista de 1946–1955, con déficits en el respeto de los derechos civiles y de las libertades. Los regímenes que le sucedieron tampoco implicaron procesos de democratización, por restringir la participación del peronismo. Las transiciones hacia los gobiernos de Frondizi e Illia tuvieron fuertes condicionamientos militares y, en tal sentido, no pueden ser considerados procesos de plena democratización, en términos de que pudieran representar plenamente la voluntad popular. Por último, el retorno de Perón se transformó en una

democratización frustrada, por la violencia y carencia de garantías constitucionales para los participantes en política.

El gobierno militar, surgido del golpe de estado de 1976, caracterizado por la violación de los derechos humanos y la desinversión productiva, colapsó con la derrota militar de Malvinas. Después de Malvinas, las expectativas colectivas comenzaron a girar en torno a la construcción de un nuevo orden político donde los valores de voluntad popular, representación política responsable y libertades se conjugarán, como había ocurrido la Argentina entre 1916 y 1930. La ausencia de un liderazgo en el peronismo que pudiera suceder a Perón y el surgimiento en la Unión Cívica Radical de un líder renovador cerraron la ecuación para la primera derrota del peronismo en elecciones libres. El triunfo del candidato radical tuvo consecuencias profundas para la política argentina. En primer lugar, se instauró un modelo de democracia diferente de los que se habían instaurado en las últimas décadas. Presidentes anteriores como Arturo Frondizi o Arturo Illia, aunque adherentes a un tipo de democracia liberal, habían protagonizado regímenes no democráticos por la exclusión peronista. El triunfo radical ahora podía integrar la voluntad popular a un proyecto liberal de masas. Alfonsín imprimió una legitimidad fundacional a la nueva democracia, a través de discursos que remarcaban con emoción glosas la constitución nacional.

En segundo lugar, hubo un reconocimiento de los actores de la oposición sobre la necesidad de afianzar una cultura democrática liberal y competir en marcos de unidad nacional, es decir orientados al centro. Esta actitud consensual o centrípeta ponía en un mismo frente al conjunto de la clase política, principalmente a la oposición peronista, y quitaba legitimidad a quienes podían reiniciar el ciclo de golpes cívico militares. Alfonsín marcó una frontera clara y pública entre los leales y desleales a la democracia.

En tercer lugar, como he mencionado en anteriores trabajos,⁹ el gobierno puso en marcha un profundo proceso de destitución autoritaria. Por primera vez desde el golpe de Estado de 1930, un gobierno adoptó una decidida política de confrontación con cualquier alternativa autoritaria y fijó como principal política pública la consolidación de la democracia, es decir, romper con el proceso circular de autoritarismo–democracia. El proceso de destitución autoritaria incide en primer lugar sobre las estructuras políticas y jurídicas que identifican al régimen autoritario saliente. En particular, atañe al proceso de derogación de normas jurídicas del régimen autoritario y aquellas prerrogativas jurídicas que los militares preparan en los últimos momentos de gobierno autoritario (como fue la ley de amnistía). El proceso de destitución autoritaria consistió en un amplio y profundo proceso de deslegitimación de estructuras, actores y acciones políticas del régimen autoritario e impactó en el ámbito simbólico cultural donde los intelectuales, líderes de opinión y movimientos políticos desempeñaron, como las organizaciones defensoras de los derechos humanos, un importante rol y en donde la CONADEP (Comisión Nacional de Desaparición de Personas) integrada por personalidades moralmente incuestionables de la producción humanística y científica, contribuyó de modo relevante a la deslegitimación moral del régimen militar saliente. Los juicios a las Juntas militares, promovidas por el presidente Alfonsín, constituyeron la sanción ejemplificadora que rompería la inercia del cincuentenario péndulo cívico militar.

El proceso de destitución autoritaria fue profundo en Argentina, como lo muestra una aproximación comparada de las transiciones democráticas de la época (Russo, 2019). A

9\ Russo (1994, 2003, 2008, 2010 y 2019).

diferencia del cambio político en España, Chile o México, en Argentina los principales actores del régimen autoritario quedaron fuera del juego político durante la instauración aumentando de modo sustantivo los costos de las alianzas antisistema.

Por último, el proceso de destitución autoritaria promovido desde el gobierno marcó una clara línea divisoria entre quienes apoyaban a la democracia y quienes eran desleales. También tuvo un importante efecto la convocatoria a la oposición peronista durante los levantamientos militares, en particular el ocurrido en Semana Santa por los oficiales carapintadas. Compartir los balcones de la Casa Rosada frente a la ciudadanía dio legitimidad plena al peronismo como actor integrado a la democracia. Así, el impacto de plantear como frontera nítida entre prodemocracia y antidemocracia fue decisivo para la oposición y para la continuidad de la democracia argentina. La integración de la oposición a la democracia liberal le reportó beneficios electorales que reforzaron esa tendencia. Así, al menos un sector (la *renovación peronista*) logró imponerse como grupo dominante en su partido y liderar los triunfos electorales de 1987 y 1989. Durante veinte años el sector mayoritario peronista bregaría por el carácter liberal de la democracia, y la contienda interna ocurriría entre posiciones conservadoras neoliberales, liderada por Menem, y socialcristiana, liderada por Cafiero y Duhalde. El fin del «consenso liberal democrático» ocurrirá con el ascenso de Néstor y Cristina Kirchner en 2003.

En resumen, los dos primeros gobiernos presidenciales (1983–1989 y 1989–1995–1999) fueron fundamentales para el mantenimiento–consolidación de la democracia liberal de masas en Argentina. El principal aporte del presidente Alfonsín fue liderar el difícil proceso de destitución autoritaria, legitimando un orden liberal de democracia con fuertes ecos en la oposición peronista. Paradójicamente, veinte años

después sería juzgado (debido a iniciativas como las leyes de punto final y obediencia debida) como una administración poco consecuente con la defensa de los DD. HH.

Por otra parte, el presidente Carlos Menem, luego de haber logrado la estabilidad económica (después de dos crisis híper inflacionarias), obtendrá un fuerte liderazgo con un apoyo ciudadano muy amplio. Esa centralidad política le permitirá concretar una reforma constitucional consensuada (la primera en la historia del siglo) y la reelección como presidente. El aporte a la consolidación de la democracia del gobierno de Carlos Menem consistirá ante todo en la ratificación (y por ende legitimación) de la defensa de la democracia liberal de masas. Esta continuidad de apoyo al orden político adquirió especial valor por tratarse de un presidente peronista, es decir, de signo político diferente del presidente radical Alfonsín. En esa época, radicales y peronistas reunían a más del 80 % del electorado, por lo que el apoyo del presidente Menem cerraba el círculo vicioso de deslealtades de medio siglo.

Por último, debe subrayarse que tanto Raúl Alfonsín como Carlos Menem, gobiernos opuestos ideológicamente y en contraste con lo que ocurrirá después de 2003, reconocieron a la oposición política como actor esencial de la democracia. En el caso del gobierno de Alfonsín, contribuyendo a que la oposición sea copartícipe de la defensa democrática, y en el caso del gobierno de Menem, buscando y aceptando acuerdos para una reforma constitucional que lideraría el jefe de la oposición.

He mostrado hasta aquí aspectos que fueron novedosos y cambiantes en la democratización iniciada hace cuarenta años. Me interesa ahora mencionar algunos rasgos que se han mantenido y que afectan de manera negativa el funcionamiento de la democracia argentina.

UN SISTEMA DESEQUILIBRADO CON SIGNOS DE CAMBIO: VULNERABILIDAD Y ALTERNANCIA

Si bien la democracia iniciada en 1983 reunió por primera vez desde 1930 el carácter representativo, popular y liberal, mostró al poco andar de su instauración su «talón de Aquiles» político:¹⁰ el problema de la alternancia,¹¹ que puede resumirse en el rol de la oposición social peronista a los gobiernos electos. Esta actuación se traduce en huelgas generales (políticas), el rígido rechazo a políticas de consenso y la deslegitimación del gobierno, no solo por sus decisiones, sino por su identidad intrínseca. El resultado ha sido el reforzamiento de las dificultades económicas y la reiteración de episodios de ingobernabilidad, durante los gobiernos de los presidentes radicales Raúl Alfonsín y Fernando De la Rúa. Es decir, en los primeros veinte años de democracia, ningún gobierno no peronista pudo concluir sus periodos de gobierno, mientras que el gobierno peronista no solo completó su mandato, sino que además (es el caso de Carlos Menem) fue reelecto.

Para el cumplimiento de la alternancia en un orden político competitivo deben darse al menos cuatro condiciones (Russo, 2010): *condiciones procedimentales*, que permiten a la oposición participar legalmente y competir por el gobierno; *condiciones sustanciales* relacionadas con la distribución de recursos políticos para que la oposición pueda competir y acceder al gobierno; *condiciones de acceso efectivo* de la oposición al gobierno, con el reconocimiento del gobierno saliente de la legitimidad de la oposición; y por último,

10\ Además del problema de las cíclicas crisis económicas y procesos de escalada inflacionaria.

11\ Ver Russo (2003, 2017).

condiciones para el cumplimiento del mandato, entre las que se cuentan moderación, competitividad y lealtad política por parte de la oposición. Un elemento crucial para el cumplimiento de la cuarta condición es que la oposición no cuente con un volumen de recursos sociales o políticos suficientes para desestabilizar al gobierno. Si esto no se cumple, entonces una parte de la suerte del nuevo gobierno dependerá del juego leal de la oposición política.

El problema de la alternancia en Argentina guarda estrecha relación con el problema de la vulnerabilidad asimétrica (un elemento clave de la competición política),¹² entendiendo por vulnerabilidad las posibilidades de que un partido sea reemplazado electoralmente en el gobierno por otro partido distinto (Bartolini 1996:252). Cuando se analiza la trayectoria de los principales partidos es clara la mayor vulnerabilidad de los partidos no peronistas respecto de los partidos peronistas. El gobierno de Alfonsín venció en las elecciones presidenciales de 1983 y en las legislativas de 1985, mientras que tan solo cuatro años después fue derrotado en las legislativas de 1987 y en las presidenciales con el candidato Eduardo Angeloz, apoyado por su partido. Luego, en 1999 triunfa Fernando de la Rúa y a solo dos años, en 2001, es derrotado en las legislativas y renuncia. En un sentido contrario, los peronistas vencen en las elecciones legislativas de 1987 —en las presidenciales de 1989—, legislativas de 1991 y 1993 presidencial (reelección) de 1995 y es derrotado en las legislativas de 1997 y presidenciales de 1999; es decir, diez años después de su primer triunfo. Desde 2003, el peronismo vencerá en tres elecciones presidenciales, seis legislativas, para ser derrotado recién en 2015, es decir, los electores cambiarán mayoritariamente su apoyo 12 años después

12\ Ver Russo (2008).

de su triunfo. Por el contrario, el gobierno no peronista de Mauricio Macri vencerá en las presidenciales de 2015, en las legislativas de 2017, y será derrotado en las siguientes elecciones presidenciales de 2019: solo cuatro años de permanencia en la preferencia electoral mayoritaria. Las legislativas de 2021 muestran, por primera vez desde 1983, una situación diferente: el partido peronista en el gobierno pierde con el 34 % de los votos, frente al 42 % de la oposición de Juntos por el Cambio. ¿Se ha iniciado en Argentina un proceso de «equilibrio», es decir, de vulnerabilidad simétrica? Esto podrá confirmarse en la próxima elección presidencial de 2023. Si esto fuera así, estaríamos frente a una situación de creciente vulnerabilidad del peronismo, que no debe confundirse con crecimiento de invulnerabilidad del bloque pluralista¹³ (no peronista). Es decir, se trata de un horizonte, por el momento, de mayor inestabilidad política en las preferencias electorales. Me detendré ahora en un aspecto relevante del partido dominante de la Argentina. Me refiero al modelo de partido peronista que emergió en estas décadas después de la muerte de su fundador.

EL PERONISMO POSPERÓN: EL PARTIDO BLOQUE

Una novedad desde el retorno de la democracia en 1983 es la estructuración del peronismo como partido que juega en dos planos: como organización y como parte del ambiente

13\ Lo califíco de «bloque pluralista» ...por tratarse de una fuerza integrada por partidos importantes, como la Unión Cívica Radical y el PRO. También de líderes salientes de la UCR, como Carrió y López Murphy. En el caso peronista, los partidos agregados no peronistas en la coalición representan pequeñas formaciones de escasa relevancia política, aunque con visibilidad; este último es el caso de Frente Patria Grande, liderado por Juan Grabois.

o, si se quiere, como una pluralidad de organizaciones que pertenecen a un mismo conjunto a un «yo plural», se trata del partido bloque.

La primera derrota del peronismo en elecciones libres en 1983 condujo a sus dirigentes a un replanteo del modelo partidario. Surgió el «peronismo renovador» con nuevos líderes: Antonio Cafiero, Carlos Menem y Carlos Grosso, que se propusieron organizar un sistema de elecciones internas y democratizar el partido, hasta ese momento regido con la lógica y reglamento tal como lo había fundado y reestructurado su fundador, Juan Domingo Perón. Por primera vez habrá un candidato presidencial peronista surgido de una elección interna. En 1988 competirán dos gobernadores: Antonio Cafiero, gobernador de la poderosa provincia de Buenos Aires, con el mayor número de afiliados partidarios, y Carlos Menem, gobernador de una de las provincias más pobres de Argentina y con alrededor del 2 % de afiliación nacional al peronismo. Sorpresivamente triunfó Carlos Menem. Desde ese momento, el peronismo iniciará una lógica de sucesiones que proseguirá en los siguientes gobiernos peronistas: el resurgimiento del carisma posperonista: Carlos Menem–Néstor Kirchner–Cristina Fernández de Kirchner. Pero otra estructura, de forma involuntaria, se institucionalizará en el peronismo, la conformación de lo que un tipo de «partido bloque». Su estructura es del tipo cinturón de Moebius: externo e interno son parte del mismo recorrido, de la misma entidad. Entre sus características salientes deben incluirse varias organizaciones partidistas, todas definidas como peronistas. Se comportan como miembros de una misma familia que pueden en ciertas circunstancias unirse y en otras competir. A ello se agregan las organizaciones sociales peronistas que gozan también de distintos grados de autonomía decisional. El dominio de un partido peronista sobre otro del mismo signo es coyuntural, y por lo

tanto variable; la competencia interna por el liderazgo ocurre generalmente en sedes externas a cada partido. Cuando hay un liderazgo decisivo, los partidos confluyen aceptando el liderazgo. Las elecciones internas (Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias, PASO) podrían haber unificado en una misma sede organizativa a los distintos partidos, convirtiéndolos en fracciones. Sin embargo, hasta el momento no ha ocurrido, sea porque hubo un liderazgo indiscutido, sea porque compitieron por fuera.

La organización partidaria posPerón ha seguido una línea de acción que puede resumirse en «que se doble pero que no se rompa».¹⁴ Líderes disidentes nacionales no participan de elecciones internas, sino que compiten con partidos propios en una elección general. Sin embargo, si ganan, se constituirán en líderes del peronismo; por el contrario, si pierden, se sumarán (en caso en que lo haya) al triunfador peronista. A diferencia de su histórico contrincante, la UCR, que se ha dividido y de la que emigraron líderes que nunca regresaron, en el peronismo hay una fluidez entre quienes están fuera o dentro de la organización partidaria oficial. La estructura *moebius* del partido peronista implica consecuencias que se han visto en estos 40 años de democracia: escisiones sin ruptura, externalización del conflicto entre fracciones y el armado de una oferta electoral múltiple.

Es frecuente que por el partido peronista vaya no solo un candidato sino dos o más candidatos, y ello suele implicar posiciones polarizadas. Si vemos la historia del partido bloque, observaremos que el inicio fue la confrontación entre Antonio Cafiero contra Herminio Iglesias en las elecciones

14\ Es decir, opuesta a la propiciada por Leandro Alem, fundador del principal contendiente histórico, la Unión Cívica Radical: «Que se rompa pero que no de doble».

legislativas de 1985; y después de la crisis de 2001 (debacle también para el liderazgo de Menem), Carlos Menem, Néstor Kirchner y Adolfo Rodríguez Saa compitieron por la presidencia en las elecciones de 2003. Sergio Massa y Daniel Scioli harían lo propio en 2015. Las elecciones en las que los candidatos no compitieron por fuera se corresponden con momentos de liderazgo incuestionado. Es decir, cuando hay disputas por el liderazgo se activa el modelo moebius, y después de la elección con competencia externa confluyen reconociéndose como partes del mismo bloque.

El peronismo como partido bloque es un archipiélago (potencial o actual) de partidos que, compitiendo o en conflicto, forman parte de un mismo conjunto, unidos por un mítico liderazgo fuera de cuestión: Juan Domingo Perón. Se trata de un modelo organizacional que tiene efecto sobre dos planos: en la elección externa (presidencial, gobernador) y en la elección interna (el control del organismo partidario y el reconocimiento del liderazgo del partido peronista). El resultado de la primera decide la suerte de la segunda. Quien gana la elección fuera del partido suele convertirse en el jefe del peronismo, y los derrotados terminan, en mayor o menor medida, apoyando al triunfador. Al igual que una cinta de moebius, externo e interno se confunden y recorren el mismo camino.

Este modelo a veces ha implicado costos altos y desmiente la versión difundida jocosamente por Perón, según la cual cuando los peronistas se enfrentan «no se están peleando, se están reproduciendo». Por el contrario, como ocurrió en 2015 con la competición presidencial entre Daniel Scioli y Sergio Massa, contribuyó a la derrota de ambos y al triunfo de su contrincante, Mauricio Macri.

El partido peronista se configuró como un nuevo modelo partidista como estrategia para disputar la «reencarnación» política del nuevo caudillo. Si bien este modelo tiene

novedades, como la obvia disputa por el liderazgo, no ha roto la base cultural de su modelo originario¹⁵ de ser un partido estatalista,¹⁶ es decir: a. que posee origen gubernamental, no social; b. pertenencia originaria a élites internas del Estado con apoyo interno (militar) y externo (sindicatos), no a las élites de la oposición, es decir, las élites que contestan las políticas del poder ejecutivo; c. centralización decisoria, en la que se funde el control de partido y del gobierno en una sola persona, enfatizando el intento de concentrar los recursos políticos de gobierno y organización partidaria centralizada; y d. llegar al gobierno (y mantenerse) es la prioridad de la acción política peronista, no la prioridad «por el control» de las acciones del gobierno, propia de los partidos societales (Russo, 2010:98–99). En las cuatro décadas transcurridas de democracia, estas «pautas culturales» nacidas con el propio partido peronista de los cuarenta se han conservado.

Por último, cabe mencionar que el tipo de partido bloque ha impactado sobre el modelo organizativo de sus adversarios y, por lo tanto, sobre el sistema de partidos. Desde 2015, el bloque plural no peronista se ha constituido en una alianza de partidos que lo convierte en una opción viable electoralmente. Ambos bloques entienden el costo electoral de los impulsos centrífugos. Algo equivalente a «salir de casa» pero sin abandonar la familia, hecho que permite la posibilidad del reencuentro, pero ahora cada uno desde su nueva casa. El resultado ha sido el crecimiento electoral y las posibilidades de crecimiento en algunos, del liderazgo, que no estaba asegurado permaneciendo en la organización. Se trata de una combinación de racionalidad estratégica y

15\ Ver Panebianco (1982).

16\ Una diferencia fundamental entre radicales y peronistas en Argentina radica en constituir modelos societales los primeros y estatistas los segundo, de partido. Para esta distinción ver Russo (2010).

también de pertenencia colectiva. Por otra parte, el bloque pluralista no peronista no constituye un modelo de «partido bloque». En el partido bloque peronista cada miembro se reconoce a sí mismo y reconoce a los otros miembros, al mismo tiempo que es reconocido por miembros ajenos, como parte del peronismo. Por el contrario, el bloque no peronista es un bloque plural, con identidad partidaria múltiple y, en los casos de liderazgos provenientes de partidos tradicionales (Elisa Carrió y Ricardo López Murphy de la Unión Cívica Radical), se integran convertidos en partidos personales, con identidades que no remiten a sus orígenes.

LAS CRISIS Y LOS CAMBIOS DE MODELO DEMOCRÁTICO

Desde 1983 se han sucedido crisis económicas y políticas de envergadura, con inflación, crecimiento del desempleo y de la inseguridad (1989–90, 2001–2003 y la actual), donde el deterioro de los gobiernos no ha implicado la intervención de las fuerzas armadas. Sin embargo, las primeras dos crisis han implicado giros importantes en las orientaciones de los gobiernos.

La crisis inflacionaria de 1989–1990 supuso el paso de un modelo de democracia social a uno de democracia neoliberal con el gobierno de Carlos Menem. A la inversa, la crisis de 2001–2003, resultado del colapso neoliberal del gobierno de Menem sobre el débil gobierno de Fernando De La Rúa,¹⁷ giró a un modelo neodesarrollista con Néstor y Cristina Kirchner. Estos giros en las políticas públicas han sido posibles por la concentración de poder de los presidentes, como

17\ Gobierno débil por la falta de cohesión interna, la grave situación económica heredada y la rígida oposición peronista.

efecto de la ingobernabilidad durante la crisis y la consecuente baja de expectativas. Así, Menem aprovechará la crisis hiperinflacionaria heredada en 1989 para reforzar su poder, facilitada por la baja expectativa de la población y el reciente triunfo electoral.¹⁸ Es decir, una población vulnerable sufriendo los costos lacerantes de las crisis económicas, y por ello con disponibilidad a aceptar cambios bruscos en las políticas públicas. Estas situaciones críticas han impactado en las instituciones y legitimaron prácticas decisionistas que se hicieron habituales, aun después de superadas las crisis.¹⁹

El problema de la representación (y el reforzamiento del personalismo) emerge no solo ante las crisis e ineficacia de los gobiernos, sino cuando los electores advierten prácticas políticas de oligarquizarían que, en términos de Hanna Fenichel Pitkin, pueden estar indicando que «la representación ha reemplazado a la democracia, en vez de servirla» (Pitkin, 2017: XLI). Ello ocurre cuando un gobierno vuelca la atención hacia sus propios intereses y temas, perdiendo la conexión con las demandas de la sociedad.

La representación fue cuestionada severamente en Argentina en 2001 (en el mundo occidental ocurrió con la crisis de 2008), y promovió el surgimiento de «partidos personales».²⁰ Esto fue favorecido por una época en la que confluyeron tendencias generales relacionadas con cambios tecnológicos (redes y virtualización), desarrollos socioeconómicos (globalización) y la pérdida de peso de las estructuras políticas dominantes (los partidos políticos) del siglo xx.

En las elecciones presidenciales posteriores a 2015, la disputa no fue, como antaño, entre estructuras partidarias,

18\ Ver Torre (1998).

19\ Ver Quiroga (2020).

20\ Para este concepto ver Calise (2010).

sino entre Mauricio Macri como partido personal y (directa o indirectamente) Cristina Fernández de Kirchner (como «partido peronista personalizado»). También emergieron ahora nuevos liderazgos de continuidad del trípode democrático, como Patricia Bullrich (con estrategia adversarial) y Horacio Rodríguez Larreta (con estrategia consensual) pertenecientes a la alianza opositora Juntos por el Cambio, así como posiciones de ruptura encabezadas por el líder anarco capitalista Javier Milei, que se propone ser alternativo a «la casta». En el bloque peronista, la disputa se centra en la fuente de la legitimidad de los próximos candidatos presidenciales, es decir, en la continuidad de CF Kirchner como gran electora (manteniendo así su liderazgo) o, si se produce la sucesión con líderes surgidos del voto ciudadano en las PASO.

La política queda a veces hechizada (en particular con crisis como la actual en Argentina) por la fascinación del cambio. Pareciera que el cambio solo por serlo es virtuoso. Sin embargo, desde hace tiempo, es claro que parte de los esfuerzos para mejorar la vida política se orientan no a cambiar, sino a conservar algunas estructuras esenciales del gobierno mixto democrático. Esos esfuerzos son valiosos cuando se evita la profundización de deterioros institucionales. En tal sentido, propuestas de cambio radical, como las de Javier Milei, o las del presidente Alberto Fernández de reforma de la Justicia, implican posibilidades peligrosas para las libertades. Salir del trípode amputando los derechos liberales (como la autonomía de la Justicia o quitando políticas de protección a los sectores más vulnerables) tiene costos verificables, como lo muestran los regímenes de Venezuela y Nicaragua (autoritarismos posdemocráticos iliberales), o El Salvador (orden iliberal), para mencionar solo algunos casos de la región.

LOS GOBIERNOS KIRCHNER Y LA AMENAZA DE LA DEMOCRACIA ILIBERAL

La etapa de desconsolidación de la democracia liberal fue liderada por el matrimonio de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner. Me pregunto, cuánto el deterioro de la dimensión liberal contaba con una base amplias de sectores sociales. Es decir, ¿qué basamento iliberal había en la sociedad? Cuando se revisan trabajos sobre cultura política, ya en los inicios de los '80, el componente iliberal estaba presente en la sociedad argentina.²¹

El mecanismo social de los gobiernos Kirchner para desmontar la democracia liberal siguió la secuencia: deslegitimación del adversario (gobiernos anteriores y oposición actual), propuesta de cooptación o confrontación abierta, y ubicación del adversario como enemigo. Políticamente se regresó a la ortodoxia del peronismo, donde la polarización se convierte en separación social y política.

Una democracia puede socavarse con acciones anti-sistema que implican, como señaló Sartori (1982), la deslegitimación de reglas y de actores institucionales que sostienen el orden político. También puede ocurrir cuando los líderes contribuyen a cambiar las preferencias de los ciudadanos. Un mecanismo que se ha visto en los últimos tiempos es empleado por líderes que se proponen cambiar las convicciones de la población minando la confianza en las instituciones de control de la democracia. Los gobiernos iniciados en 2003, con el liderazgo del matrimonio de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner, son funcionalmente

²¹ Me refiero en particular al cap. 3 de Catterberg (1989) donde se muestra que de la población descontenta por la situación socioeconómica un 45 % cuestiona la democracia.

el equivalente en América Latina de lo que Donald Trump es en Estados Unidos. Es cierto que los separan ciertos contenidos, como el carácter xenófobo y racista de Trump vs el carácter inclusivo de los gobiernos Kirchner. Pero D. Trump y C. Kirchner están unidos por aspectos más importantes: a. su rechazo tajante a la democracia liberal; b. el mito al que ambos rinden culto se llama nacionalismo, y c. el mecanismo al que recurren con frecuencia (inesperada en líderes democráticos) es la distorsión de la verdad fáctica y la mentira organizada.²²

La mentira en boca del político es un tema clásico de la historia del pensamiento social. Maquiavelo fue estigmatizado y convertido en autor maldito por haber sugerido que la mentira en ciertos casos era justificable. Ese juicio bastó para que se tradujera su sugerencia como equivalente a afirmar que «el fin justifica los medios». En las democracias, la mentira constituye una violación de la base que sustenta el contrato entre el representante y el representado, es decir, el compromiso de informar con verdad. La mentira organizada por un líder popular produce ciudadanos desinformados, limitados en su decisión y perturbados en su juicio por el clima de confusión que generan versiones diferentes, donde nadie sabe qué ocurre en realidad.²³ Pero, si bien los

22\ Es época de posverdad. Como señala *The Economist*, «el término recoge el núcleo de la novedad: que la verdad no es falsificada o contestada, sino que es de segunda importancia. Antes el propósito de las mentiras en la política era crear una falsa visión del mundo. Las mentiras de personas como Trump no buscan tal cosa. No pretenden convencer a las élites, en quienes sus votantes ni confían ni gustan, sino reforzar prejuicios». Los más afectados son los grupos vulnerables, los que poseen menos recursos sociales y simbólicos.

23\ Según Jacqueline Fowks (2017), un estudio realizado por la Universidad de Stanford en 2015 muestra que la mayoría de los alumnos no distingue lo falso de lo verdadero de lo que lee en internet. Tampoco se distinguen noticias de publicidad.

mencionados son costos altos de la calidad democrática, la mayor lesión es hacia las instituciones, pues si se enraíza en sectores amplios implicará un terremoto institucional. La mentira organizada tiene consecuencias graves sobre el orden político, pues conculca derechos ciudadanos de diverso tipo; entre ellos, el derecho a estar informado, el derecho de poder discriminar entre la mentira y la verdad, y el derecho de contar con instituciones que protejan el conocimiento público de los hechos. La instalación de la mentira organizada implica el derrumbe de los tribunales de Justicia y en consecuencia la pérdida de las libertades. En tal sentido sus consecuencias van bastante más allá que las de dejar impunes a delincuentes. Cuando la mentira se convierte en una práctica regular puede indicar que el régimen democrático está mutando, donde el totalitarismo es el destino final extremo. En cualquier estación intermedia al que el proceso político arribe implicará la admisión de prácticas autoritarias; un mundo donde la verdad no importa, donde solo interesa la voluntad del líder. La mentira sistemática en política implica violencia ilegítima sobre la comunidad política.

La mentira como sistema, implementada por el gobierno del presidente Alberto Fernández, con actores estatales y de la sociedad, para bloquear los procesos judiciales contra la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner, ha implicado una gran inversión de recursos de la agenda de gobierno, y ha tenido un alto costo para la vida democrática de Argentina. Se ha puesto en tela de juicio al entero sistema de Justicia, así como la información de la prensa no oficial, que desecha cualquier respaldo fáctico. Se construyó una «realidad alternativa» respaldada por instituciones de gobierno omitiendo cualquier control sobre sus funcionarios, por jueces dispuestos a violentar evidencias, por medios de prensa oficiales y por actores sociales del mismo signo político, lo que creó así un sistema político

paralelo que cuestiona la legitimidad del orden institucional presente. El círculo de la posverdad se completa cuando C. Kirchner a modo de espejo utiliza los argumentos acusatorios, aduce la necesidad de verdad, acusa a la justicia y a los medios de conspiración, y atribuye a los tribunales de Justicia de intentar crear un Estado paralelo. La mentira como sistema se asienta el suelo fértil de la polarización radicalizada, divide partidarios de adversarios, anula el diálogo y resta importancia a los hechos, concentrando todo en la pertenencia a un bando.

Este ciclo iniciado hace dos décadas y hoy en declive implicó una ruptura profunda con el proyecto democrático de 1983. Pues un pilar de la democracia argentina instaurada entonces fue la exigencia de la verdad. La democracia nació con el reclamo de la verdad (un derecho liberal fundamental) sobre los desaparecidos. La diferencia entre ocultar la verdad y revelarla de modo honesto marcó entonces una diferencia del régimen político. Mientras los gobiernos militares fueron opacos y ocultaron la verdad, el primer gobierno democrático reveló y publicó la verdad en el libro *Nunca más*. El libro fue prologado por un escritor prestigioso e independiente del gobierno. Por el contrario, en 2006, la nueva edición de *Nunca más* sería prologada por un funcionario del gobierno Kirchner.

El ocaso de la verdad es la mayor amenaza que enfrenta la democracia actual, ¿es acaso un indicador de su ocaso en Argentina? El gobierno de Mauricio Macri puso entre las primeras líneas de su gestión la necesidad de decir la verdad. No se convirtió en un eslogan popular, aunque sí reforzó el rechazo a la mentira, a la construcción de un mundo ficticio, al «relato». Mi opinión al respecto es, al contrario, optimista, y creo que asistimos en la actualidad a la pos posverdad, que muestra que la cultura liberal en Argentina es resiliente. La mentira se ha combatido con el

mejor antídoto: evidenciándola, como se ha hecho desde los medios de comunicación no oficiales²⁴ y, naturalmente, desde los tribunales de justicia; ambos actores han resultado eficaces defensores de la democracia en los últimos veinte años, en medio de la pugna sobre el carácter liberal o iliberal del orden político. Para finalizar, se presenta ahora, a modo de síntesis, la relación entre gobiernos de Argentina posteriores a 1983 y el modelo de democracia al que se ha dado aliento.

PARA CONCLUIR, QUÉ GOBIERNOS, QUÉ DEMOCRACIAS

Se presentan así los perfiles políticos en relación con el reforzamiento de modelos de democracia como gobiernos mixtos, tomando en cuenta las dimensiones liberal, popular y representativa. La palabra crisis la utilizo en la figura cuando una de las dimensiones del gobierno mixto es contestada por actores relevantes (élites o ciudadanos). Así, hablo de crisis de representación cuando el rol del presidente es contestado en su capacidad política para ejercer el rol. Del mismo modo, hay crisis liberal de la democracia cuando sus valores, derechos o las instituciones que los aseguran son cuestionadas o deslegitimadas por actores políticos relevantes.

24\ Es interesante el cambio del periodismo ante políticos como Donald Trump que mienten de modo habitual. Así, Margaret Sullivan, columnista de *The Guardian* en Estados Unidos, escribe: «Si Trump vuelve a presentarse, no lo cubras igual: manifiesto de un periodista... Cuando se informa sobre políticos que van esencialmente en contra de la democracia, el periodismo de viejo estilo ya no es suficiente... Estoy convencida de que los periodistas deben centrarse en la búsqueda de la verdad, no en la neutralidad al estilo clásico».

FIGURA 1. Gobiernos y tipos de democracia propuestos (1983-2023)

GOBIERNO	PESO DE DIMENSIONES LIBERALES				LIBERTAD DE MERCADO	POLÍTICA INTERNACIONAL	ÉNFASIS EN VOLUNTAD POPULAR	REPRESENTACIÓN	MODELO PROPIOCIADO DE DEMOCRACIA COMO GOBIERNO MIXTO
	LIBERTADES INDIVIDUALES	INSTITUCIONES DE EQUILIBRIO	DERECHOS COLECTIVOS- GÉNERO, EMBARAZO, SOCIALES	JUSTICIA CONTRALORIAS					
Alfonsin	XX	XX	XX		X	Pro-Occidente (contexto fin de guerra fría)	XX	Fuerte/crisis	Liberal social
Menem	X	-	-		XX	Pro USA (Contexto unipolarismo)	X	Fuerte	Neoliberal
De La Rúa	XX	XX	X		X	Pro-Occidente (contexto fin de unipolarismo)	X	Débil/crisis (con radicalización)	Liberal centrista (institucional)
Kirchner	X	-	XX		-	Sur global-anti USA-Rs con potencias liberales (multilateralismo)	XX	Fuerte	Social liberal
Mauricio Macri	X	X	X		XX	Pro-Occidente (contexto multilateralismo)	X	Fuerte	Liberal centrista (de mercado)
Alberto Fernández	X	-	X		-	Sur global-anti USA-Rs con potencias liberales (contexto multilateralismo)	XX	Débil/crisis (sin radicalización)	Social liberal

Se considera que los derechos liberales se dividen en derechos relacionados con la propiedad, el derecho de conciencia y de opinión, la libertad de mercado, los derechos sociales y culturales relacionados con la autonomía y propiedad del cuerpo, el apoyo a instituciones de equilibrio, en particular el respeto y acatamiento a las instituciones de justicia, y a la prensa crítica. También se incluye la posición internacional, en particular el vínculo con países democráticos. Interesa mostrar qué aspectos en estos cuatro años privilegiaron los gobiernos en la construcción democrática como gobierno mixto.

Hay claras diferencias en las fortalezas y debilidades en cada gobierno. Me detendré ahora en este último aspecto, por las recurrentes y devastadoras consecuencias que ha tenido sobre la política argentina. Así, los gobiernos de Alfonsín, Menem, Néstor y Cristina Kirchner, y Macri fueron gobiernos fuertes, mientras que los gobiernos de Fernando de la Rúa y Alberto Fernández fueron gobiernos débiles y concluyen sus mandatos con crisis de representación política, traducida en desafección política y apertura a alternativas radicalizadas. La diferencia entre estos últimos dos gobiernos radica en que la crisis de representación de Alberto Fernández no tuvo una oposición con fuerza ni intenciones para contribuir a su caída, mientras que el De la Rúa estuvo rodeado de un contexto de radicalización política promovida por sectores de la oposición peronista. Más allá de este hecho, la crisis de Fernández presenta una gran novedad: hasta el 2020–2021 las crisis de representación política solo habían afectado a todos los gobiernos no peronistas y nunca a un gobierno peronista (con la excepción de los fugaces gobiernos flash transcurridos entre 2001 y 2003).

Por otra parte, la crisis de representación no se presentó con el gobierno no peronista de Mauricio Macri. Visto a distancia, el caso menos esperado de crisis de representación

y de gobernabilidad fue el de Raúl Alfonsín, un presidente que asumió con un triunfo contundente, que logró entregar la banda presidencial a otro presidente electo en libertad, rompiendo una inercia de 50 años de inestabilidad democrática, pero que al mismo tiempo terminó renunciando seis meses antes de la finalización de su periodo presidencial. Si se tiene en cuenta su alto nivel de popularidad inicial, será seguramente el presidente que sufrió el mayor desgaste político en estas cuatro décadas. Se trató de la primera crisis de representación política que tuvo como corolario la primera atenuación de la bipolarización, que pasó del 92 % de votantes entre las opciones radical vs peronista al 85 %. El partido de derecha liderado por Álvaro Alsogaray alcanzaría poco más del 7 % de los votos y la izquierda casi el 3 %. El voto en blanco no fue significativo (1,3 %) como sí lo será en la siguiente y más grave crisis de representación democrática: el año 2001. Ese año, la renuncia del presidente de Fernando de la Rúa puso al desnudo el desequilibrio de poder a favor del peronismo, así como su rigidez y poca lealtad como partido opositor. Como he mencionado en otra publicación,²⁵ la crisis de representación estuvo acompañada de radicalización política, con acciones desleales de sectores del peronismo de la provincia de Buenos Aires. Así, hubo asaltos a los supermercados, destrucción de espacios públicos por parte de grupos organizados, y la generación de tumultos y violencia que concluyó trágicamente con decenas de manifestantes muertos. La situación económica heredada del gobierno de Carlos Menem fue crítica, con una devastación de la industria, dos años de recesión, altos niveles de desempleo y pobreza (35 % de pobres incluyendo un 10 % de

25\ Ver Russo (2003).

indigentes²⁶), endeudamiento y dependencia de capitales externos originado en las privatizaciones de empresas y en la paridad del peso con el dólar. A esta herencia explosiva agréguese, por una parte, un contexto internacional difícil, manifestado en las crisis económicas de Rusia y México de mediados de los 90 y, por otra, la precaria situación del presidente De la Rúa por la falta de apoyos internos y de consensos con la oposición.

Por supuesto, hay énfasis diferenciados en cada proyecto. Por ello, he puesto dos equis (xx) cuando el gobierno puso énfasis en un aspecto, sea por las políticas públicas sea por la acentuación en el discurso político. Estos énfasis permiten calificar de distinto modo la construcción de un modelo de democracia. Así, mientras Alfonsín puso énfasis en aspectos liberales, como libertades y equilibrios institucionales, también bregó por la igualdad, la soberanía popular y los derechos sociales (modelo liberal social). Por el contrario, Menem puso acento sobre el mercado, con respeto por las libertades individuales, pero con una posición conservadora respecto de derechos sociales y culturales (modelo neoliberal). Los gobiernos Kirchner (Néstor y Cristina) pusieron su énfasis en la voluntad popular y derechos sociales en detrimento de equilibrios de poder institucional. Agréguese un discurso contra el liberalismo y vínculos internacionales con gobiernos no democráticos (modelo social iliberal). Los gobiernos de Fernando de la Rúa y Mauricio Macri son calificados de centristas. Se trata de gobiernos moderados y con posiciones pro Occidente. El gobierno de De la Rúa está orientado, sobre todo, a mantener equilibrios institucionales y de respeto a las instituciones de Justicia, mientras que el gobierno de Macri, con gestiones positivas hacia derechos

26\ Ver Hopenhay y Barrios (2002).

colectivos, como la legalización de los matrimonios de un mismo sexo en la Ciudad de Buenos Aires y de apertura al debate sobre la interrupción del embarazo, acentuó sobre todo el rol autónomo del mercado, con impacto final negativo en la distribución del ingreso. Sin embargo, sería erróneo incluir al gobierno Macri como neoliberal, pues hay un gasto importante en políticas sociales, y no hubo privatizaciones de empresas públicas, ni posiciones «darwinista» con educación o salud. Por ello, si bien tanto los gobiernos de De la Rúa y de Macri son gobiernos centristas por sus diferentes énfasis, el primero ingresa en la categoría de modelo liberal (institucionalista) y el segundo como modelo liberal (de mercado). Por último, el gobierno de Alberto Fernández, aunque ha habido ambivalencias en declaraciones y en posiciones internas e internacionales, el resultado predominante es el fomento de un modelo de tipo kirchnerista que, por ser un gobierno débil, no ha logrado imperar sobre las instituciones judiciales, aunque el conflicto de poderes ha sido frecuente.

La política es incierta y difícil. Quienes ejercen poder suelen desconocer los efectos de sus decisiones sobre los demás. Frecuentemente esas decisiones producen daño a muchas personas, incluso pueden hacerlo a comunidades enteras. Se trata en parte de una característica propia de las acciones humanas, a lo que con acierto Raymond Boudon (1979) llamaba los «efectos perversos de la acción social».²⁷ Las acciones políticas, por su naturaleza, incrementan las posibilidades perversas de sus consecuencias, pues se trata de acciones sobre los demás (autoritativas), que implican a individuos y a colectivos, con un impacto desconocido pero insoslayable. Como se ve en el proceso político de Argentina, en estos

27\ Me refiero al clásico texto de Raymond Boudon (1979).

inéditos cuarenta años de democracia ininterrumpida (el período mas extenso de democracia de masas en la historia del país) la política puede provocar involuciones democráticas. Para concluir, estas cuatro décadas han sido un testimonio de la férrea voluntad colectiva de ciudadanos y ciudadanas empeñados en construir un horizonte de garantías, libertades y límites al poder absoluto. Pero también ha quedado en evidencia que las cuatro décadas transcurridas no nacen de la nada, como nos muestran las resurrecciones de un pasado de divisiones y polarización, de búsqueda de hegemonía y de confrontación sin redes; es decir, la cruda evidencia de que los demonios de la democracia argentina no están muertos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BADIE, BERTRAND Y BIRNBAUM, PIERRE (1983). *Sociologie de l'état, Pluriel*.
- BARTOLINI, STEFANO; MORLINO, LEONARDO Y COTTA MAURIZIO (1996). *Manual de Ciencia Política*. Alianza Editorial.
- BOUDON, RAYMOND (1919). *Effets pervers et ordre social*, PUF.
- CALISE, MAURO (2010). *Il partito personale, i due corpi del leader*, Laterza.
- CATTERBERG, EDUARDO (1989). *Los argentinos frente a la política*. Planeta.
- DI TELLA, TORCUATO (1998). *Historia Social de la Argentina Contemporánea*. Troquel.
- D'AGOSTINI, FRANCA Y FERRERA, MAURIZIO (ED) (2019). *La verità al Potere*, Einaudi.
- FOWKS, JACQUELINE (2017). *Mecanismos de la posverdad*, Fondo de Cultura Económica.

- HOPENHAY, BENJAMIN Y BARRIOS, ALEJANDRO (2002).** *Las malas herencias, ¿qué dejan los gobiernos que se van?* Fondo de Cultura Económica.
- JENS, ALBER (1987).** *Dalla carità allo stato sociale*, Il Mulino.
- PANEBIANCO, ÁNGELO (1982).** *Modelli di partito*, Il Mulino.
- PITKIN, HANA FENIKEL (2017).** *Rappresentanza e democrazia: un'alleanza incerta.* En *Il concetto di rappresentanza*, Rubbettino ed.
- QUIROGA, HUGO (2020).** *Decisionismo democrático y emergencia permanente: Consideraciones políticas sobre la Argentina actual*, *Revista Euro Latinoamericana de análisis social y político (RELASP)*, 1(1).
- RUSSO, JUAN (1994).** *El peronismo: un partido bloque*, *Working paper*, Serie Política comparada, Nro. 12, Universidad Complutense de Madrid.
- RUSSO, JUAN (2003).** *La alternancia imperfecta*, *Estudios Sociales*, Año XIII, N° 25. Universidad Nacional del Litoral.
- RUSSO, JUAN (2008).** *Argentina: un sistema con vulnerabilidad asimétrica*, *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, (7), 13-42.
- RUSSO, JUAN (2010).** *Democratización y competición política, conceptos y casos.* Plaza y Valdez editorial.
- RUSSO, JUAN (2017).** *La democrazia, percorsi di analisi.* Altravista.
- RUSSO, JUAN (2019)** *Las alternativas de la historia, democratizaciones comparadas desde Argentina.* Prometeo.
- RUSSO, JUAN (1982).** *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza.
- SARTORI, GIOVANI (1980).** *Teoria dei partiti e caso italiano*, SugarCo Edizioni,
- STOKES, DONALD (1966).** *Spatial Models of Party Competition*, *American Political Science Review*, Volume 57, Issue 2, junio.
- TORRE, JUAN CARLOS (1998).** *El proceso político de las reformas económicas en América Latina.* Paidós.
- WEBER, MAX (1982).** *La situación de la democracia burguesa en Rusia.* En *Escritos Políticos*, Tomo 2, Folios Ediciones.
- ZINCONI, GIOVANNA (1992).** *Da sudditi a cittadini*, Il Mulino.